

de modo que esta potencia tan poco conocida algunos años ha, puede llegar á ser, bajo el reinado de Federico, un estado tan temible para las potencias continentales como para las marítimas; la Inglaterra lo sabe, y como esta nación es tan conocedora de su comercio y de sus intereses marítimos, empieza á levantarse en estos momentos en Londres un rumor extraordinario contra la metamorfosis de la potencia prusiana, relativamente á su estado comercial y marítimo.

» La Rusia, por otra parte, amenazando á Constantinopla y manifestando seriamente proyectos sobre la navegación del mar Negro, y quizá sobre el Mediterráneo, puede invadir en aquel país todo el comercio marítimo de los ingleses. Y dado el caso de una alianza contra la liga del Norte, ¡cuántos medios no tenemos para ayudarnos con los ingleses contra los peligros que les amenazan y á nosotros juntamente con ellos! Someto estas consideraciones al sabio juicio del rey, y toda vez que el Norte está unido y armado contra nuestros amigos; toda vez que el Austria nos abandona á nuestros propios recursos, no hallo otro medio que oponer á esta liga amenazadora sino la alianza de las cuatro potencias capaces de contrabalancearla, á saber: la Francia, la Inglaterra, la España y la Cerdeña.

» Iré desenvolviendo estas bases en las memorias sucesivas. »

CAPÍTULO XXV

Vejez de Luis XV. — Su tristeza. — Se esparce la muerte en su alrededor. — El mariscal de Armentieres. — Mr. de Chauvelin. — La predicción. — La cena en el cuarto del rey. — El whist. — Muerte de Mr. de Chauvelin. — Melancolía de Luis XV. — Viajes. — Mad. Dubarry. — Beaumarchais. — Goedmán. — El Barbero de Sevilla. — Mr. de Fronsac. — Rapto, incendio y violación. — El marqués de Sade. — El obispo de Tarbes y la Gourdan. — Gluck y Piccini. — Los dos bandos. — Diversiones. — Carreras. — Los jockeys. — Las cortesanas. — Luis XV. — Recuerdo de Mr. de Chauvelin. — El abate de Beauvais. — Temores del rey. — Presagios del mes de abril. — Muertes repentinas. — Lebel y la hija del molinero. — Visita preparatoria. — Las viruelas. — El arzobispo. — Los Choiseul. — La Dubarry. — El duque de Richelieu. — Lorry y Bordeu. — Lamartiniere. — Terror del rey. — Mad. Dubarry se aleja. — Los obispos. — Duque de Aiguillon. — Vuelta de Mad. Dubarry. — Última entrevista. — Mr. de la Vrillere. — El duque de Fronsac. — El cura de Versailles. — Declaración del rey. — Sus últimos momentos. — Su delirio. — Las hijas del rey. — Muerte del mismo. — Sofía de Arnould y Mad. Dubarry.

Verdad es que una cosa quitaba la importancia á las demás, Luis XV, que sólo tenía 63 años, parecía que llevaba diez al duque de Richelieu, que frisaba en los sesenta y seis. El rey, aquel apuesto caballero de ojos azules, de elegante pierna y finas orejas, per-

día la vista, el oído, y sólo montaba á caballo con la ayuda de una gradita. El fastidio que desde su juventud le había acosado, se aumentaba más y más en su vejez, cebábase en él y le devoraba. En torno suyo se realizaba el fatal espectáculo que acompaña á los hombres en los últimos pasos de su vida : todo cuanto había amado iba desapareciendo á su vista, como Mad. de Vintimille, Mad. de Chateauroux y Mad. de Pompadour, viéndose privado al mismo tiempo de los más dulces lazos de familia, como hijo, nieto, nuera, mujer ó amigos. El mariscal de Armentieres, que nació el mismo año que él, acababa de morir, y sólo quedaba en pie Mr. de Chauvelin y Mr. de Richelieu.

El primero, sobre todo, era objeto de una atención particular por parte del rey, quien no cesaba de informarse á cada momento de su salud. Éste afecto admiraba á todos cuantos conocían el egoísmo del monarca ; pero llegó á saberse el motivo.

En una fiesta dada en Loges, dijo la buenaventura á Mr. de Chauvelin un hechicero, prediciéndole que moriría seis meses antes que el rey. Este llegó á tener noticia de aquella predicción, y por eso demostraba tanto empeño en saber de la salud de Mr. de Chauvelin.

Pero este último terror ó aviso del cielo debía presentarse oportunamente á su imaginación.

El 23 de noviembre de 1773 había cenado el rey en la habitación que ocupaba la condesa Dubarry, é invitado de parte de ésta á Mr. de Chauvelin : el cortesano aceptó el convite, suplicando á S. M. que no le obligase á comer por hallarse ligeramente indispuerto. En efecto, sentados á la mesa, Mr. de Chauvelin, que antes había comenzado á jugar un whist con S. M., sólo comió dos manzanas cocidas, y des-

pués de la cena prosiguió su partida. Terminada ésta, se levantó Mr. de Chauvelin y fué á colocarse sobre el respaldo del sillón de Mad. de Mirepois, que jugaba en otra mesa, pero cuando empezaba á chancearse con esta dama, el rey, que estaba frente del marqués, observó la alteración de su rostro.

— ¿ Qué tenéis, Chauvelin ? le dijo.

Éste abrió la boca sin duda para responder, pero no pudo articular una palabra y cayó de espaldas.

Llamaron inmediatamente á los médicos, pero cuando llegaron ya había expirado el marqués.

Desde entonces, rara vez se vió sonreír al rey, y cualquiera hubiera dicho que el espectro del marqués estaba siempre á su lado.

El ejercicio era lo único que le distraía algún tanto, y se multiplicaron los viajes : iba, pues, de Rambouillet á Compiègne, de Compiègne á Fontainebleau, y de Fontainebleau á Versalles, pero nunca á Paris, porque el rey aborrecía á esta ciudad desde el alboroto con motivo de los baños de sangre.

Pero todos estos paseos divertidos, en vez de distraerle, le recordaban lo pasado, dando lugar en su ánimo á melancólicas reflexiones. Únicamente Mad. Dubarry podía consolarle á veces en su amarga y profunda tristeza, y causaba verdadera lástima el contemplar la solicitud con que aquella hermosa joven procuraba animar, no el cuerpo, sino el corazón del anciano.

Durante este tiempo se desquiciaba la sociedad lo mismo que la monarquía. Á las infiltraciones filosóficas de Voltaire, de Alembert y de Diderot, sucedían las escenas escandalosas de Beaumarchais.

Beaumarchais publicaba su famosa memoria contra el consejero Goedmán, y este magistrado, miembro

del tribunal de Maupeón, no se atrevía ya á presentarse en él. Al mismo tiempo hacía repetir Beaumarchais el *Barbero de Sevilla*, y se hablaba de la osadía con que iba á descubrir los vicios de la época el filósofo Figaro.

Una aventura del duque de Fronsac había escandalizado á todo el mundo.

Dos aventuras del marqués de Sade causaban horror en todos los ánimos.

Mr. de Fronsac, que no contaba con la seducción propia para hacerse amar, ni con el talento que encadena al amor, al paso que era un libertino brutal y violento, había sucedido ventajosamente al famoso conde de Charolais, á cuyo asesino había prometido Luis XV su perdón antes de que cometiese el crimen. Sus lacayos reclutaban y robaban para él jóvenes doncellas, las llevaban de grado ó por fuerza al lecho de su amo, y éste las colocaba después en el teatro de la Ópera.

Porque dicho teatro las emancipaba, y los padres no tenían derecho de reclamar á sus hijas, cuando justificaban haber firmado un contrato con la Academia de Música.

Una, sin embargo, joven, de nacimiento oscuro, se resistió á las persecuciones del duque: tal vez amaba ya, y de ahí provenía su fuerza de voluntad. Furioso Mr. de Fronsac, cometió en una sola noche tres crímenes para poseerla; tres crímenes, que cada uno de ellos se castigaba entonces con pena de muerte: incendio, rapto y violación.

Lo primero que hizo fué mandar prender fuego á la casa de la joven. La Gourdan estaba avisada: ya hemos hablado, al tratar de Mad. Dubarry, de esta ilustre protectora del vicio: una mujer, comisionada

suya, se apoderó de la víctima desmayada, la sacó de su casa con pretexto de prodigarle pronto socorro y la condujo al infame lupanar: entonces apareció Fronsac; la joven pidió auxilio á gritos, se defendió con desesperación, pero el duque la arrojó sobre un mueble de resortes, que sujetó los miembros de la joven; allí le fué imposible ya oponer el menor obstáculo á los torpes deseos de aquel malvado, y éste continuó su crimen.

Se formó causa, pero se le echó tierra á poco tiempo. Todos callaron menos un poeta, que lanzó á la sociedad su grito de indignación, como ya lo había hecho cuando fué decapitado Lally-Tollendal.

Gilberto hizo justicia al culpable y á los tribunales que dejaron impune aquel delito.

Así, pues, aventajaba mucho á Mr. de Richelieu su propio hijo. Cuando el duque no tenía dinero, se contentaba con empeñar su placa de la orden del Espíritu Santo y con oír la siguiente coplilla:

Judas vendió á Jesucristo
Y luego se ahorcó de rabia;
Richelieu, que sabe más,
Tan sólo empeña su placa,
Y así el Espíritu Santo
No tiene queja fundada.

Usábanse entonces ciertas pastillas afrodisíacas que llevaban la denominación de *pastillas á la Richelieu*; pero las que estaban más en boga eran las de moscas cantáridas del marqués de Sade.

Digamos algo de este personaje, una de las personificaciones más curiosas del fin del siglo de Luis XV. Era un apuesto caballero, que en aquella época tenía ya treinta y cinco años: nació en el palacio de la

señora princesa de Condé, de la cual era dama de honor su madre. Descendía de la hermosa Laura, según decía, y esto no era imposible, porque á pesar de su amor platónico con Petrarca, la hermosa Laura había tenido doce hijos. Después de haberse educado en el colegio de Luis el Grande, entró á la edad de trece años en el cuerpo de caballería ligera. Hizo la campaña de los siete años, y á pesar suyo se casó con la señorita de Montreuil.

El marqués de Sade era rico, joven, bello y llevaba un apellido ilustre; pero al mismo tiempo poseía un talento corrompido, un corazón perverso; sus deseos eran inmundos, y le complacía el derramamiento de sangre.

Durante la noche de un Sábado Santo, fué detenido en la plaza de las Victorias por una mujer que pedía limosna: la examinó despacio y vió que era joven y bonita; entonces trató de averiguar si no ejercía otro oficio más agradable y lucrativo. Supo que era honrada, y pareció compadecerse de ella proponiéndola en el acto tomarla á su servicio y colocarla al frente de su casa. La infeliz consintió; el marqués le entregó un bolsillo, citándola para el siguiente día en su casa de Arcueil. Aquella joven no tenía el menor motivo para desconfiar; acudió á la hora indicada, y el marqués la esperaba ya; al punto cerró las puertas, renueva sus instancias para que acceda á sus inmundos deseos, pero al ver que ella se negaba abiertamente, desenvaina la espada, la obliga á desnudarse, la amarra á una de las columnas de la cama, la azota á su sabor, cubre su cuerpo de incisiones con un cortaplumas, derrama en las incisiones cera derretida, y se marcha dejándola medio abrasada: la joven, después de mil esfuerzos, logra romper sus

ligaduras, corre á la ventana, da voces; pero oyendo ruido en la escalera, y prefiriendo la muerte á la repetición de su suplicio, se arroja á la calle.

El marqués había vuelto tranquilamente á Paris, dejando su casa bien cerrada, y á la joven en una situación que le hacia esperar no tardaría en morir de dolor y de hambre.

Aquel crimen metió mucho ruido; se persiguió á su autor por los tribunales, y el marqués de Sade fué condenado á seis semanas de arresto en el castillo de Pierre-Encide.

Cumplida la sentencia, sale libre el marqués y se olvida completamente de la desventurada joven Keller, que al saltar por la ventana se había roto una pierna y un brazo. Se retira á su magnífico castillo de Lacoste, cerca de Marsella, se presenta en esta ciudad en el mes de junio de 1772, da un suntuoso baile, al cual convida á las más hermosas damas, y las obsequia, entre otras cosas, con multitud de pastillas de cantáridas.

Á poco rato se convirtió el baile en una escandalosa orgía romana. Tres señoras murieron al día siguiente, y cinco ó seis se volvieron locas.

Mr. de Sade huyó después de robar á su cuñada, y el parlamento de Aix le sentenció á muerte por envenenador.

Se anuló, sin embargo, esta sentencia, y el marqués quedó libre por la multa de cincuenta francos.

Poco después publicó la *Justina*.

La sociedad no caminaba al abismo, sino á la más horrible hediondez.

Para colmo de iniquidad, el caballero de Nerciat dió á luz en 1770 la *Felicia*.

Un joven eclesiástico escribió una carta acerca de los peligros de la continencia.

Las anécdotas que hemos referido son, sin la menor duda, muy inmorales y escandalosas, pero eran las únicas que entretenían al rey. Mr. de Sartines confeccionaba con ellas un diario para distraerle, pensamiento debido al ingenio de Mad. Dubarry. El rey leía el diario en su cama todas las mañanas, y tantas eran las abominaciones que contenía, que al fin avivaban sus deseos no pocas veces. Dicho diario se redactaba en todos los lupanares de París, y particularmente en casa de la célebre Gourdan, cuyo nombre escribimos por tercera vez.

Un día supo el rey por su diario que Mr. Lorry, obispo de Tarbes, había tenido la osadía de entrar en París conduciendo en calesa descubierta á la Gourdan y á dos de las ninfas que frecuentaban su vergonzoso establecimiento. Aquello era ya demasiado, y Luis XV previno á su limosnero mayor que llamase á su presencia al obispo.

Pero todo se explicó perfectamente para mayor gloria del pudor y caridad evangélica del prelado. El obispo de Tarbes, volviendo de Versalles, había encontrado á pie, en el camino, tres señoras al lado de un carruaje roto, y lleno de compasión al ver su percance les había ofrecido asiento en su vehículo. La Gourdan creyó que la proposición era picante y aceptó.

Nadie dió crédito á la sencillez del prelado, y todos le decían: ¿pero no conocéis á la Gourdan? Vamos; es imposible.

En medio de esta corrupción se declaró la guerra musical entre los Gluckistas y los Piccinistas: la corte se dividió en dos partidos.

La reina, joven, poética, musicalmente organizada, discipula de Gluck, sólo consideraba nuestras óperas como una colección de arietas más ó menos graciosas: al ver representar las tragedias de Racine, concibió el pensamiento de remitir á su maestro la *Ifigenia en Aulide*, invitándole á que la pusiese en música. Seis meses después estaba escrita la ópera, y el mismo Gluck llevó su partitura á París.

Desde que llegó fué el favorito de la delfina, y pudo entrar á todas horas en los gabinetes reservados de palacio.

Los hombres necesitan acostumbrarse á todo, y particularmente á lo sublime. La música de Gluck no hizo en su primera aparición todo el efecto que merecía: para los corazones vacíos, para las almas fatigadas, no se necesita un gran pensamiento; bátales el ruido, porque aquél conmueve y éste último distrae.

La sociedad corrompida prefirió la música italiana, los arranques del genio á las ideas del alma.

Mad. Dubarry, por espíritu de oposición y porque la delfina protegía la música alemana, se declaró partidaria de la italiana. En su consecuencia, envió libretos á Piccini, éste remitió particiones: y las dos sociedades antigua y moderna se separaron en dos opuestos bandos.

Consistía esto en que ya se abrían campo, por medio de la corrupción francesa, las nuevas ideas, como brotan desconocidas flores entre las piedras de un patio sombrío, ó las seculares losas de un antiguo edificio. Eran las ideas inglesas, los jardines con mil revueltas, con bosquecillos, con laberintos, con cascadas cubiertas de musgo; las correrías, los paseos matutinos, sin polvos ni colorete, con sombrerillos de paja de anchas alas; las carreras en fogosos caballos,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIB. BOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1903 MONTERREY, MEXICO

con jockeys de negros casquetes ; los faetones de cuatro ruedas que empezaban á hacer furor ; las princezas en traje de pastoras ; las actrices ataviadas como reinas ; la Duthé, la Guimard, la Sofia Arnould, la Prairie, la Cleófila, cubiertas de diamantes, al paso que la delfina, la princesa de Lamballe, Mad. de Polignac y Mad. de Langeac sólo pedían flores.

Y en medio de aquella sociedad, que se dirigía hacia un punto desconocido, Luis XV inclinaba más y más su cabeza. En vano la loca y lasciva condesa daba vueltas en torno suyo zumbando como una abeja, ligera como una mariposa, y resplandeciente como un colibrí. Apenas levantaba el rey de vez en cuando su encorvada frente, sobre la cual diría cualquiera que se iba ya extendiendo el velo de la muerte.

El tiempo trascurría, y se entraba ya en el segundo mes después de la muerte del marqués de Chauvelin ; se estaba ya en el 3 de mayo, y el día 23 del mismo iban á cumplirse dos meses, desde aquel en que había fallecido el favorito del rey.

Después como si todo conspirase para aumentar el lúgubre presagio, el abate Beauvais, en un sermón que predicó en la corte, hablando sobre la necesidad de prepararse para la muerte, y sobre los peligros de la impenitencia final, exclamó :

— Dentro de cuarenta días, señor, Ninive será destruida.

De manera que cuando él pensaba en Mr. de Chauvelin, el rey pensaba en el abate de Beauvais, y dijo al duque de Ayén :

— El 23 de mayo hará dos meses que Chauvelin ha muerto ; volvióso hacia el duque de Richelieu y murmuró :

— Creo que son cuarenta días los que ha dicho ese diablo de abate de Beauvais.

— Sí, señor ; ¿ por qué decís eso ?

Y sin responder á Richelieu, Luis XV añadió :

— Desearía que hubiesen pasado ya esos cuarenta días.

Aun había más ; el almanaque de Lieja había anunciado, hablando del mes de abril :

— En este mes de abril hará su último papel una dama de las más favorecidas.

Así, pues, Mad. Dubarry hacía el coro á las lamentaciones del rey, y decía del mes de abril lo que aquél de los cuarenta días, esto es :

— Desearía hubiese pasado ya ese maldito mes de abril.

En aquel fatídico mes, que asustaba tanto á Mad. Dubarry, y durante aquellos cuarenta días con que soñaba el rey, se multiplicaron los presagios ; el embajador de Génova, Sorba, á quien el rey veía con frecuencia, murió de repente. El abate de Laville, que fué una mañana temprano á darle las gracias por el empleo de director de Negocios extranjeros que acababa de concederle, cayó á sus pies atacado de una apoplejía fulminante. Últimamente, hallándose el rey de caza, cayó un rayo cerca de él.

Todo esto le causaba cada vez más tristeza.

Creíase que sentía algún alivio á la entrada de la primavera. Aquella naturaleza, que en el mes de mayo se despoja de su manto ; aquella tierra que reverdece ; aquellos árboles que vuelven á engalanarse ; aquel aire que se puebla de átomos vivos ; aquellas bocanadas de fuego que pasan con las brisas, y que parecen almas que buscan cuerpos, todo esto

podía dar alguna existencia á aquella materia inerte, algún movimiento á aquella máquina gastada.

Hacia mediados de abril, Lebel vió en casa de su padre á la hija de un molinero, cuya beldad le dejó prendado.

Creyó ver éste una golosina que podía despertar el apetito del rey, á quien habló con entusiasmo de ella, y Luis XV consintió négligentemente en ensayar aquel nuevo medio de distracción.

En lo general, antes de llegar hasta el rey las jóvenes á quienes Luis XV debía honrar con sus reales bondades, sufrían una visita de los médicos, después pasaban por las manos de Lebel, y por último se acercaban al rey.

En esta ocasión la joven molinera era tan fresca y tan linda, que se pasaron por alto todas las precauciones; bien es verdad que aun cuando se hubieran tomado, ciertamente le hubiera sido muy difícil al más hábil médico reconocer que hacía pocas horas la habían atacado las viruelas.

Había pasado ya el rey esta enfermedad en su juventud; pero á pesar de esto se le manifestó por segunda vez al cabo de dos días.

Otra enfermedad mal curada reapareció al mismo tiempo, y por último una calentura de mala especie complicó sobremanera el estado del enfermo.

El 29 de abril se presentó la primera erupción, y acudió inmediatamente á Versalles el arzobispo de París Cristóbal de Beaumont.

Encontráronse entonces en una extraña situación: dado el caso de que hubiera necesidad, no podían administrarse los sacramentos, *sino después de expulsada la concubina*; pero esta concubina, que pertenecía al partido jesuítico, de que era jefe Cristóbal de

Beaumont, esta concubina, al decir del mismo arzobispo, había prestado tan grandes servicios á la religión, contribuyendo á la caída del ministerio Choiseul y á la del parlamento, que le era imposible deshonorarla canónicamente.

Los que estaban al frente de este partido, además de Mr. de Beaumont y Mad. Dubarry, era el duque de Aiguillon, el duque de Richelieu, el duque de Fronsac, Maupeón y Terray.

Todos sucumbían al mismo golpe que derribaba á Mad. Dubarry, y por lo tanto no tenían ningún motivo para declararse contra ella.

Los partidarios de Mr. de Choiseul, que abundaban hasta cerca de S. M., pedían por el contrario la expulsión de la favorita y una pronta confesión. Cosa ciertamente curiosa era el ver al partido de los filósofos, de los jansenistas y de los ateos, impulsar al rey á la confesión, mientras que el arzobispo de París, los religiosos y los devotos deseaban que el rey rehusara confesarse.

Tal era el singular estado de los ánimos, cuando el 1.º de mayo, á las once y media de la mañana, se presentó el arzobispo para ver al rey enfermo.

Al saber la llegada del arzobispo, púsose en salvo á todo trance la pobre Mad. Dubarry.

El duque de Richelieu fué quien salió á recibir al prelado, cuyas intenciones ignoraba aún.

— Monseñor, dijo el duque, os suplico que no atemoriceis al rey con esa *proposición teológica* que ha llevado al sepulcro á tantos enfermos; si tenéis curiosidad de oír donosos y extraños pecados, sentaos ahí, yo me confesaré en lugar del rey y os diré tales, que os aseguro no los habréis oído iguales desde que sois arzobispo de París; ahora, si no aceptáis mi propo-

sición, si os empeñáis absolutamente en confesar al rey, y renovar en Versalles las escenas del obispo de Soissons en Metz; si queréis despedir á Mad. Dubarry con escándalo, reflexionad acerca de las consecuencias y de vuestros propios intereses: prepararéis el triunfo del duque de Choiseul, vuestro más cruel enemigo, de quien tanto ha contribuido á libertaros Mad. Dubarry, y perseguís á vuestra amiga en provecho de vuestro enemigo. Sí, monseñor, vuestra amiga, y tanto que ayer me decía aún:

— Que nos deje en paz el señor arzobispo, y conseguirá el capelo de cardenal; yo me encargo y os respondo de ello.

El arzobispo de París había dejado hablar á Mr. de Richelieu, porque aun cuando en el fondo pensaba lo mismo que él, necesitaba hacer como que se dejaba persuadir. Afortunadamente el duque de Aumont, Mad. Adelaida y el obispo de Senlis llegaron en apoyo del mariscal, proporcionándole armas contra sí mismo; cedió al parecer, prometió no hablar palabra, y entró en la habitación del rey, á quien nada dijo de confesión, lo cual satisfizo tanto al augusto enfermo, que hizo llamar al instante á Mad. Dubarry, y llorando de gozo besó aquellas lindas manos.

Al día siguiente, 2 de mayo, se encontró el rey algo mejor; en lugar de su médico de cabecera Lamartinière, Mad. Dubarry le mandó los dos suyos, Lorry y Bordeu. Á ambos doctores se les recomendó mucho ocultasen al rey la naturaleza de su enfermedad, la situación en que se encontraba, y sobre todo el alejar de su mente la idea de que estuviera bastante enfermo para tener necesidad de llamar á sacerdote alguno.

Este alivio en la salud del rey permitió á la con-

desa volver á sus habituales conversaciones y á sus gracias acostumbradas; mas en el momento en que á fuerza de agotar su ingenio, empezaba á conseguir que apareciese la sonrisa en el rostro del enfermo, Lamartinière, á quien habían prohibido la entrada, se presentó en el umbral de la puerta, y resentido de la preferencia que habían dado á Lorry y á Bordeu, se dirigió al rey, le tomó el pulso y meneó la cabeza.

Habiale dejado obrar el rey, mirándole con un terror, que se aumentó al ver la demostración de desaliento que hacía Lamartinière.

— ¿Qué os parece, Lamartinière? preguntó el rey.

— Me parece, señor, que si mis compañeros no os han dicho que es muy grave la situación, son unos borricos ó unos embusteros.

— ¿Qué es lo que tú crees que tengo, Lamartinière? preguntó el rey.

— En verdad, señor, que no es muy difícil conocerlo; V. M. tiene viruelas.

— ¿Y dices que no hay esperanza? amigo mío.

— No digo eso, señor, un médico no desespera nunca; lo que digo solamente es, que si V. M. no es rey cristianísimo más que de nombre, debe prepararse.

— Está bien, añadió el rey.

En seguida llamando á Mad. Dubarry:

— Amiga mía, la dijo, ya lo oís, tengo viruelas, y mi mal es de mucho peligro, principalmente por mi edad, y después por mis achaques. Lamartinière acaba de recordarme que soy rey cristianísimo y el primér hijo de la Iglesia; amiga mía, quizá va á ser necesario separarnos, y yo quiero prevenir una escena parecida á la de Metz; advertid al duque de Aiguillon de lo que os digo á fin de ponerlos de acuerdo

para que nos separemos sin escándalo en el caso de que se agrave mi enfermedad.

En los momentos en que el rey se expresaba de este modo, comenzaba ya á murmurar todo el partido del duque de Choiseul, acusando en alta voz al arzobispo de complaciente, y diciendo que por no hacer mala obra á Mad. Dubarry, dejaría morir al rey sin sacramentos.

Estas acusaciones llegaban á oídos de Mr. de Beaumont, quien para hacerlas cesar, tomó el partido de ir á establecerse á Versalles en la casa de los Lazarinos, para hacer callar al público y aprovechar el momento favorable de practicar sus ceremonias religiosas, á fin de no sacrificar á Mad. Dubarry, sino en el caso de que el rey se hallase en una situación enteramente desesperada.

El 3 de mayo llegó á Versalles el arzobispo, y allí esperó.

Durante aquel tiempo pasaron cerca del rey escenas escandalosas.

El cardenal de la Roche-Aymón era del parecer del arzobispo de París, y deseaba que todo se arreglase en silencio; pero no abundaba en las mismas ideas el obispo de Carcasona, que echándola de rígido y celoso, renovaba las escenas de Metz, diciendo á voces: *Era preciso que se administrase al rey, que fuese expulsada la concubina, que se cumpliese con los cánones y con la Iglesia, y que el rey diera un ejemplo de arrepentimiento á la Europa y á la Francia cristiana á quien había escandalizado.*

— ¿Y con qué derecho me dais consejos? exclamó impaciente M. de la Roche-Aymón.

El obispo se quitó la cruz pastoral que tenía al cuello y la puso sobre la cara del prelado.

— Con el derecho que me da esta cruz, repuso; sabed, monseñor, respetar este derecho, y no dejéis morir á vuestro rey sin los sacramentos de la Iglesia, siendo su primer hijo.

Pasaba todo esto delante de Mr. de Aiguillon, quien comprendiendo todo el escándalo que iba á resultar de semejante desunión si llegaba á hacerse pública, pasó á la habitación del rey.

— Y bien, duque, le dijo el rey, ¿habéis ejecutado mis órdenes?

— ¿Con respecto á Mad. Dubarry, señor?

— Sí.

— He querido esperar que me fuesen reiteradas por V. M.; no me apresuraré nunca á separar al rey de las personas que le aman.

— Gracias, duque: pero es necesario. Conducid á la pobre condesa á vuestra posesión de Rueil; yo por mi parte agradeceré en extremo á Mad. de Aiguillon todos los cuidados que la prodigue.

Á pesar de una invitación tan formal, no quiso el duque de Aiguillon apresurar la partida de la favorita; la ocultó en palacio, anunciando su salida para la mañana siguiente, y esta noticia calmó algún tanto las exigencias eclesiásticas.

No obró mal el duque de Aiguillon en aquella circunstancia con retener en Versalles á Mad. Dubarry, porque el día 4 la solicitó el rey con tanto empeño, que el duque se vió en la necesidad de confesarle que estaba allí.

— Pues que venga, que venga al momento, exclamó Luis XV.

Mad. Dubarry entró, pues, por última vez en la cámara del moribundo; los labios pútridos de éste se posaron sobre los rosados de la favorita, y aquella

mano cubierta de pústulas se deslizó en su seno.

— ¡ Ah, condesa, condesa ! dijo el rey. ¡ Cuánto dolor me cuesta el perder *estas encantadoras bellezas!* Pero es preciso separarnos. Marchad, condesa, marchad.

La condesa se retiró deshecha en lágrimas, porque aunque ligera, era en el fondo buena, amable, fácil, y amaba á Luis XV como á un padre.

Mad. de Aiguillon la hizo entrar en un carruaje con la señorita Dubarry, la mayor, y la condujo á Rueil para esperar los sucesos.

No bien salió del patio, cuando el rey volvió á preguntar por ella.

— Ha partido, señor, le dijeron.

— ¡ Ha partido ! repitió el rey ; pues entonces también yo debo partir. Mandad que rueguen por mi á santa Genoveva.

Mr. de la Vrillere escribió al punto al parlamento, que en los casos urgentes tenía el derecho de mandar descubrir ó guardar aquella antigua reliquia.

Los días 5 y 6 trascurrieron sin que se hablase de confesión, de Viático, ni de Extremaunción. El cura de Versalles se presentó con objeto de preparar al rey á tan piadosa ceremonia ; pero encontró al duque de Fronsac, quien le ofreció, bajo palabra de honor, arrojarle por la ventana á la primera palabra que pronunciase sobre el mencionado asunto.

— Si no quedo muerto cuando caiga, le replicó el cura, volveré á entrar por la puerta, porque obrando así, estaré en mi derecho.

Pero el día 7, á las tres de la mañana, llamó el rey imperiosamente al abate Maudoux, pobre sacerdote sin pretensiones, honrado eclesiástico, confesor suyo y ciego.

La confesión duró diez y siete minutos,

Concluido este acto, los duques de la Vrillere y de Aiguillon quisieron retardar el Viático, pero Lamartiniere, enemigo particular de Mad. Dubarry, que había colocado al servicio del rey á Lorry y á Borden, acercándose al lecho, dijo á Luis XV :

— Señor, he contemplado muchas veces á V. M. en circunstancias bien difíciles, pero nunca os he admirado como hoy : si me creéis, se concluirá sin retardo la grande obra comenzada.

Entonces hizo el rey llamar á Maudoux, y éste le dió la absolución.

En cuanto á la reparación ruidosa, que debía destruir solemnemente el poderío de Mad. Dubarry, no se habló palabra. El gran limosnero y el arzobispo habían redactado de común acuerdo la siguiente fórmula, que fué proclamada en el acto de la administración del Viático.

Aunque el rey sólo debe dar cuenta de su conducta á Dios, declara que se arrepiente de haber dado á sus súbditos motivos de escándalo, y que únicamente desea vivir todavía para sostener la religión y procurar la felicidad de sus pueblos.

La familia real, de la cual formaba también parte Mad. Luisa, que había salido del convento para cuidar á su padre, recibió al Santísimo Sacramento al pie de la escalera.

El rey recibió el Viático.

Y dirigiéndose al obispo de Senlis, le dijo :

— Ved si por desgracia se ha mezclado la hostia con el pus de mis granos.

Abrió la boca, y el obispo le tranquilizó asegurán-

dole que había recibido del modo conveniente el cuerpo de su Divina Majestad.

Mientras á Luis XV administraban los sacramentos, el delfín, á quien tenían separado de la real cámara, porque no había pasado las viruelas, escribía al abate de Terray :

« Señor contralor general : os ruego que hagáis distribuir entre los pobres de las parroquias de Paris doscientas mil libras, para que pidan á Dios por el alma del rey. Si creéis que es poco, tomad mayor cantidad de las rentas de la delfina y de las mías.

» Firmado : LUIS AUGUSTO. »

La enfermedad empeoró en los días 7 y 8, y el rey sintió que el cuerpo se le despedazaba, al paso que se veía abandonado de sus cortesanos, los cuales no osaban permanecer junto á aquel cadáver animado : no tenía, pues, más guarda que la de sus tres hijas, que no se separaron un instante de su lado.

El rey estaba aterrado, porque en aquella terrible gangrena que invadía todo su cuerpo, veía un castigo directo del cielo : á juicio suyo, aquella mano invisible que cubría su cuerpo de manchas negras, era la mano vengadora de Dios. En un delirio mucho más violento, por lo mismo que procedía de la calentura, si no del pensamiento, veía llamas, un abismo abierto, y los tormentos de la eternidad ; entonces llamaba al confesor, á aquel pobre sacerdote ciego, su único refugio, pidiéndole que extendiese el crucifijo entre su cuerpo y un lago de fuego ; entonces tomaba agua bendita, levantaba los cobertores y las sábanas, y se rociaba todo el cuerpo exhalando profundos gemi-

dos ; entonces estrechaba el crucifijo entre sus manos, le besaba con transportes dolorosos y decía :

— ¡ Señor ! ¡ Señor ! interceded por mí, por el pecador más endurecido de este mundo.

En estas angustias terribles y desesperadas pasó el día 9, durante el cual permanecieron junto á su lecho el sacerdote y sus hijas : su cuerpo era presa hedionda de la gangrena ; el rey, semejante á un cadáver, exhalaba tan pestilente olor, que dos criados cayeron asfixiados y murió uno de ellos.

El 10 por la mañana se veían, entre la carne abierta y podrida, los huesos de sus piernas. Otros tres criados se desmayaron ; el terror se difundió en Versalles y el palacio quedó desierto.

Sólo quedaron en él las tres nobles y animosas hijas del rey y el ciego sacerdote.

El día 10 fué de completa agonía ; el rey se debatía contra la muerte, y cualquiera hubiera dicho, al contemplar sus ansias, que quería huir del lecho, por creerlo una tumba anticipada. Por fin, á las tres menos cinco minutos se incorporó, extendió los brazos, fijó la vista en un punto de la sala, y exclamó :

— ¡ Chauvelin ! ¡ Chauvelin !... ¡ Ah ! Y con todo, aun no se ha cumplido el plazo.....

Acto continuo dejó de existir.

Por mucha virtud que abrigasen los corazones de las tres princesas y el del digno sacerdote, creyeron que, supuesto había expirado el rey, su obligación había terminado. Además, las tres jóvenes acababan de adquirir la enfermedad que las dejaba huérfanas.

El gran maestre de ceremonias quedó encargado de los funerales, y dió todas las disposiciones convenientes al efecto, aunque no se atrevió á poner los pies en el palacio.

Únicamente los poceros de Versalles quisieron poner el cuerpo del rey en la caja de plomo que se le había preparado; allí lo colocaron sin bálsamo, sin aromas, envuelto en las sábanas del mismo lecho en que había expirado: la caja de plomo se metió en otra de madera, y ésta fué conducida á la capilla.

El día 12 fué llevado á San Dionisio el que había reinado con el nombre de Luis XV. El ataúd iba en una gran carroza, á que seguía otra ocupada por los duques de Ayén y de Aumont, y luego otra con el gran limosnero y el cura de Versalles.

Veinte pajes y cincuenta palafreneros á caballo, que llevaban hachas de viento, cerraban la marcha.

El convoy salió de Versalles á las ocho de la noche y llegó á San Dionisio á las once. Bajóse el féretro á la bóveda real, de la cual no debía salir hasta el día de la profanación de San Dionisio, y no sólo se tapió, sino se calafateó la entrada del subterráneo, para que ninguna emanación pasase desde la mansión de los muertos á la morada de los vivos.

Ya hemos mencionado la alegría de los habitantes de París cuando supieron la muerte de Luis XIV: no menos grande fué la que experimentaron al verse libres de aquel á quien treinta años antes habían distinguido con el sobrenombre de *Bien-amado*.

El pueblo se burló del cura de Santa Genoveva por la eficacia de sus exhortaciones.

— ¿De qué os quejáis? dijo él. ¿No ha muerto ya?

Al día siguiente recibió Mad. Dubarry en Rueil una orden de destierro.

Sofía Arnoult supo al mismo tiempo la muerte del rey y el destierro de la favorita.

— ¡Ah! exclamó: ya hemos quedado huérfanos de padre y madre.

Esta fué la oración fúnebre, pronunciada sobre la tumba del nieto de Luis XIV.

— He aquí un malditísimo principio de reinado, dijo Mad. Dubarry, al recibir la orden que le remitió el duque de Vrillere.

Este fué el discurso de apertura para el reinado de Luis XVI.